

- *Cuaresma, 5º Domingo Año C. (2013) La conversión tiene dos aspectos: ruptura con el pasado para vivir la vida nueva en Cristo. Esto aparece claramente en las tres Lecturas de hoy: A: “No recordéis las cosas pasadas, voy a realizar algo nuevo”; B: “olvidando lo que queda atrás, una cosa intento: lanzarme hacia lo que tengo por delante, correr hacia la meta, para alcanzar el premio al que Dios nos llama”; C: “Vete y no peques más”.*

❖ Cfr. 5º Cuaresma Ciclo C 17/03/13 - Isaías 43, 16-21; Filipenses 3, 8-14; 8, 1-11
Cfr. Gianfranco Ravasi, Secondo le Scritture, Anno C, Piemme 1999, pp. 92-97

Isaías 43, 16-21: 16 Así dice el Señor, que abrió el camino en el mar y senda en las aguas impetuosas; que sacó a batallas carros y caballos, tropa con sus valientes; caían para no levantarse, se apagaron como mecha que se extingue. No recordéis las cosas pasadas, no penséis en lo antiguo. 19 Mirad voy a hacer algo nuevo, ya está brotando. ¿No lo notáis? Abriré un camino por el desierto, ríos en el yermo. Me glorificarán las bestias del campo, chacales y avestruces, porque ofreceré agua en el desierto, ríos en el yermo, para apagar la sed de mi pueblo, de mi escogido, del pueblo que yo formé, para que proclamara mi alabanza.

Filipenses 3, 8-14: 8 Aún más, considero que todo es **pérdida** ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él perdí todas las cosas, y las considero como basura con tal de **ganar** a Cristo 9 y vivir en él, no por mi justicia, la que procede de la Ley, sino por la que viene de la fe en Cristo, justicia que procede de Dios, por la fe. 10 Y, de este modo, lograr conocerle a él y la fuerza de su resurrección, y participar así de sus padecimientos, asemejándome a él en su muerte, 11 con la esperanza de alcanzar la resurrección de entre los muertos. 12 No es que ya la haya conseguido, o que ya sea perfecto, sino que continúo esforzándome por ver si la alcanzo, puesto que yo mismo he sido alcanzado por Cristo Jesús.

13 Hermanos, yo no pienso haberlo conseguido aún; pero, olvidando lo que queda atrás, una cosa intento: lanzarme hacia lo que tengo por delante, 14 correr hacia la meta, para alcanzar el premio al que Dios nos llama desde lo alto por Cristo Jesús.

Juan 8, 1-11: 1 Jesús marchó al Monte de los Olivos. 2 De mañana volvió de nuevo al Templo, y todo el pueblo venía a él; se sentó y se puso a enseñarles. 3 Los escribas y fariseos trajeron una mujer sorprendida en adulterio y, poniéndola en medio, 4 le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. 5 Moisés en la Ley nos mandó lapidar a éstas; ¿tú qué dices? 6 Esto lo decían tentándole, para tener de qué acusarle. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en la tierra. 7 Como ellos insistieran en preguntarle, se incorporó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado que tire la piedra el primero. 8 E inclinándose de nuevo, seguía escribiendo en la tierra. 9 Al oírle, se iban marchando uno tras otro, comenzando por los más viejos, y quedó solo Jesús y la mujer, de pie, en medio. 10 Jesús se incorporó y le dijo: Mujer, ¿dónde están? ¿Ninguno te ha condenado? 11 Ella respondió: Ninguno, Señor. Díjole Jesús: Tampoco yo te condeno; vete y desde ahora no peques más.

LA CONVERSIÓN ES RUPTURA CON EL PASADO PARA VIVIR LA VIDA NUEVA EN CRISTO

1. De las Lecturas de la Misa

- **A. 1ª Lectura (Isaías 43,16-21): No recordéis las cosas pasadas, voy a realizar algo nuevo.**

(...) 18 “No recordaréis las cosas pasadas, no pensaréis en las cosas antiguas. 19 Mirad que voy a hacer cosas nuevas; ya despuntan ¿no os dais cuenta? Voy a abrir camino en el desierto, y ríos en la estepa”.

- **El profeta empuja hacia algo que está naciendo - La conversión, lleva a un corte con el pasado para emprender un nuevo camino.**

• **Cfr. Ravasi o.c. p. 95:** El profeta canta la vuelta del pueblo de Israel a Jerusalén al acabar el exilio de Babilonia; se trata de un «segundo éxodo». El profeta recuerda en los vv. 16 y 17 el grandioso paso del mar Rojo (Así dice el Señor, el que abrió un camino en el mar, una senda en las aguas impetuosas ...). Ahora no pasarán de nuevo por el Mar Rojo, sino que atravesarán el desierto para volver al hogar que abandonaron en el 586 a.C. con la destrucción de Jerusalén por el ejército de Babilonia, y que se prolongó hasta el 538 a.C. cuando Ciro el rey de Persia decretó la liberación de los hebreos. Será una nueva liberación.

“Los hebreos de Babilonia tienen en su pasado los fulgores de las llamas que incendiaban la ciudad santa, los gritos de los moribundos, la sangre de las víctimas. Ahora están a punto de dejar la tierra del exilio donde se habían adaptado y resignado. Existe, pues, la atracción de la nostalgia o tal vez el terror del pasado oscuro que bloquea al hombre, haciéndolo incapaz de esperar, de aguardar, de hacer proyectos. El profeta, sin embargo, anuncia un grande viraje, provoca un movimiento en el cansancio y en la inercia, empuja hacia «algo nuevo» que está naciendo. La conversión se da precisamente en el corte neto con el pasado y en el emprender un nuevo camino. La imagen simbólica de la mujer de Lot es una lección para muchos cristianos: volver la mirada hacia atrás es la raíz de la muerte.”

o **B. 2ª Lectura (Filipenses 3, 8-14). San Pablo Olvidando lo que queda atrás, una cosa intento: lanzarme hacia lo que tengo por delante, correr hacia la meta, para alcanzar el premio al que Dios nos llama por Cristo Jesús.**

“8 Considero que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. 13 (...) 13 olvidando lo que queda atrás, una cosa intento: lanzarme hacia lo que tengo por delante, 14 correr hacia la meta, para alcanzar el premio al que Dios nos llama desde lo alto por Cristo Jesús”.

- **Olvido lo que queda atrás mirando a Cristo Jesús: todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor (San Pablo).**

La mirada del cristiano se alarga hacia el encuentro con Cristo, hacia la vida divina.

- Ravasi, o.c. pp. 95-96: “Como en el libro de Isaías, pasado y futuro se presentan como antítesis y se hace una llamada para emprender una carrera con el fin de alcanzar el nuevo horizonte que hay de frente a nosotros. La novedad está en la definición de la meta. Para el profeta se trataba de volver a ocupar y habitar en la tierra de los padres. Sin embargo, para Pablo es la patria definitiva cuya capital es la Jerusalén celeste. El cristiano, efectivamente «no tiene aquí ciudad permanente» (Hebreos 13,14). Su mirada se alarga hacia el encuentro con Cristo, hacia la vida divina: «que vuestra fe y vuestra esperanza se dirijan hacia Dios» (1 Pedro 1,21)”.

- **Todo es pérdida ante la nueva vida en Cristo.**

- En estas palabras de Pablo a los Filipenses encontramos como una especie de resumen de la vida del Apóstol. Presenta su vida en los vv. anteriores (3, 5-6), exponiendo los títulos por los que él consideraba que había sido un cumplidor de la ley de Dios: “fui circuncidado al octavo día, soy del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo, hijo de hebreos, y, ante la Ley, fariseo; a causa del celo por ella, perseguidor de la Iglesia. En lo que se refiere a la justicia de la Ley, llegué a ser irreprochable”. Como se ve, Pablo hace una lista de características religiosas que le autorizan en el judaísmo para estar orgulloso de su situación ante Dios y seguro. Hasta tal punto que cuando encuentra a la comunidad de cristianos que se profesaban discípulos de Jesús que no ponían “en el centro la Ley de Dios, sino la persona de Jesús, crucificado y resucitado, a quien se le atribuía la remisión de los pecados” como judío celoso que era “consideraba este mensaje inaceptable, es más, escandaloso, y sintió el deber de perseguir a los seguidores de Cristo incluso fuera de Jerusalén”¹.

- “Sin embargo - añade en los vv. siguientes (7-11) – cuanto era para mí ganancia, por Cristo lo considero como pérdida. Es más, considero que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, Mi señor”. Y especifica: “todas las cosas son basura con tal de ganar a Cristo y vivir en Él” meta que se consigue no por las obras de la Ley sino por la fe en Cristo; y también precisará que lo importante es conocer a Cristo y la fuerza de su resurrección, participando en sus padecimientos y asemejándonos a Él en su muerte para alcanzar la resurrección de los muertos.

Pablo explica esa conversión a Cristo con una expresión que encontramos en el v. 12 de la Carta a los Filipenses, que hemos leído hoy. Pablo afirma que él fue «**alcanzado por Cristo Jesús**». Así comenta este hecho Benedicto XVI²:

La conversión no es fruto de bonitos pensamientos, sino de una intervención divina.

Precisamente, en el camino hacia Damasco, a inicios de los años treinta, Saulo, según sus palabras, fue «alcanzado por Cristo Jesús» (Filipenses 3, 12). Mientras Lucas cuenta el hecho con abundancia de detalles --la manera en que la luz del Resucitado le alcanzó, cambiando fundamentalmente toda su vida-- en sus cartas él va directamente a lo esencial y habla no sólo de una visión (Cf. 1 Corintios 9,1), sino de una iluminación (Cf. 2 Corintios 4, 6) y sobre todo de una revelación y una vocación en el encuentro con el Resucitado (Cf. Gálatas 1, 15-16). De hecho, se definirá explícitamente «apóstol por vocación» (Cf. Romanos 1, 1; 1 Corintios 1, 1) o «apóstol por voluntad de Dios» (2 Corintios 1, 1; Efesios 1,1; Colosenses 1, 1), como queriendo subrayar que su conversión no era el resultado de bonitos pensamientos, de reflexiones, sino el fruto de una intervención divina, de una gracia divina imprevisible. A partir de entonces, todo lo que antes constituía para él un valor se convirtió paradójicamente, según sus palabras, en pérdida y basura (Cf. Filipenses 3, 7-10). Y desde aquel momento puso todas sus energías al servicio exclusivo de Jesucristo y de su Evangelio. Su existencia se convertirá en la de un apóstol que quiere «hacerse todo a todos» (1 Corintios 9,22) sin reservas.

¹ Cfr. Benedicto XVI, Pablo de Tarso, apóstol por vocación, Catequesis del 25/10/2006

² Benedicto XVI, Pablo de Tarso, apóstol por vocación, Catequesis del 25/10/2006).

- **Esta vida nueva en Cristo es la vida característica de los discípulos de Cristo, meta a la que lleva la conversión. La identidad del cristiano se caracteriza esencialmente por el encuentro, por la comunión con Cristo y su Palabra.**

- Benedicto XVI, Pablo de Tarso, apóstol por vocación, Catequesis del 25/10/2006:

“De aquí se deriva una lección muy importante para nosotros: lo que cuenta es poner en el centro de la propia vida a Jesucristo, de manera que nuestra identidad se caracterice esencialmente por el encuentro, la comunión con Cristo y su Palabra. Bajo su luz, cualquier otro valor debe ser recuperado y purificado de posibles escorias. Otra lección fundamental dejada por Pablo es el horizonte espiritual que caracteriza a su apostolado. Sintiendo agudamente el problema de la posibilidad para los gentiles, es decir, los paganos, de alcanzar a Dios, que en Jesucristo crucificado y resucitado ofrece la salvación a todos los hombres sin excepción, se dedicó a dar a conocer este Evangelio, literalmente «buena noticia», es decir, el anuncio de gracia destinado a reconciliar al hombre con Dios, consigo mismo y con los demás. Desde el primer momento había comprendido que ésta es una realidad que no afectaba sólo a los judíos, a un cierto grupo de hombres, sino que tenía un valor universal y afectaba a todos”.

- **¿Cómo tiene lugar el encuentro de un ser humano con Cristo? Hay dos momentos³.**

Primer momento: somos justificados por el don de la gracia de Dios, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús; una nueva orientación: vivo la vida en la fe del Hijo de Dios.

“En primer lugar, Pablo nos ayuda a comprender **el valor fundamental e insustituible de la fe**. En la Carta a los Romanos escribe: «Pensamos que el hombre es justificado por la fe, sin las obras de la ley» (3, 28). Y en la Carta a los Gálatas: «el hombre no se justifica por las obras de la ley sino sólo por la fe en Jesucristo, por eso nosotros hemos creído en Cristo Jesús a fin de conseguir la justificación por la fe en Cristo, y no por las obras de la ley, pues por las obras de la ley nadie será justificado» (2,16). «Ser justificados» significa ser hechos justos, es decir, ser acogidos por la justicia misericordiosa de Dios, y entrar en comunión con Él, y por tanto poder establecer una relación mucho más auténtica con todos nuestros hermanos: y esto en virtud de un perdón total de nuestros pecados. Pues bien, Pablo dice con toda claridad que **esta condición de vida no depende de nuestras posibles buenas obras, sino de la pura gracia de Dios**: «Somos justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús» (Romanos 3, 24).

Con estas palabras, san Pablo expresa **el contenido fundamental de su conversión**, la nueva dirección que tomó su vida como resultado de su encuentro con Cristo resucitado. **Pablo, antes** de la conversión, no era un hombre alejado de Dios ni de su Ley. Por el contrario, era un observante, con una observancia que rayaba en el fanatismo. Sin embargo, **a la luz del encuentro con Cristo** comprendió que con ello sólo se había buscado hacerse a sí mismo, su propia justicia, y que con toda esa justicia sólo había vivido para sí mismo. **Comprendió que su vida necesitaba absolutamente una nueva orientación**. Y esta nueva orientación la expresa así: «la vida, que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gálatas 2, 20).

Pablo, por tanto, ya no vive para sí mismo, para su propia justicia. Vive de Cristo y con Cristo: dándose a sí mismo; ya no se busca ni se hace a sí mismo. Esta es la nueva justicia, la nueva orientación que nos ha dado el Señor, que nos da la fe. ¡Ante la cruz de Cristo, expresión máxima de su entrega, ya no hay nadie que pueda gloriarse de sí, de su propia justicia! En otra ocasión, Pablo, haciendo eco a Jeremías, aclara su pensamiento: «El que se gloríe, gloriése en el Señor» (1 Corintios 1, 31; Jeremías 9,22s); o también: «En cuanto a mí ¡Dios me libre gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo es para mí un crucificado y yo un crucificado para el mundo!» (Gálatas 6,14).”

Segundo momento/elemento de la vida cristiana: revestirse de Cristo y entregarse a Cristo, para participar en la vida del mismo Cristo, compartiendo así también su muerte.

“Al reflexionar sobre lo que quiere decir no justificarse por las obras sino por la fe, hemos llegado al segundo elemento que define la identidad cristiana descrita por san Pablo en su propia vida. Identidad cristiana que se compone precisamente de dos elementos: no buscarse a sí mismo, sino revestirse de Cristo y entregarse con Cristo, y de este modo participar personalmente en la vida del mismo Cristo hasta sumergirse en Él y compartir tanto su muerte como su vida”.

³ Benedicto XVI, Pablo: Jesucristo, centro de su vida, Catequesis del 8/11/2006

▪ **Bautizados en Cristo: muertos al pecado y vivos para Dios.**

“Pablo lo escribe en la Carta a los Romanos: «Fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte... Fuimos con él sepultados... somos una misma cosa con él... Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús» (Romanos 6, 3.4.5.11). Precisamente esta última expresión es sintomática: para Pablo, de hecho, no es suficiente decir que los cristianos son bautizados, creyentes; **para él es igualmente importante decir que ellos «están en Cristo Jesús»** (Cf. también Romanos 8,1.2.39; 12,5; 16,3.7.10; 1 Corintios 1, 2.3, etcétera).

En otras ocasiones invierte los términos y escribe que «Cristo está en nosotros/vosotros» (Romanos 8,10; 2 Corintios 13,5) o «en mí» (Gálatas 2,20). Esta compenetración mutua entre Cristo y el cristiano, característica de la enseñanza de Pablo, completa su reflexión sobre la fe. La fe, de hecho, si bien nos une íntimamente a Cristo, subraya la distinción entre nosotros y Él. Pero, según Pablo, **la vida del cristiano tiene también un elemento que podríamos llamar «místico», pues comporta ensimismarnos en Cristo y Cristo en nosotros. En este sentido, el apóstol llega a calificar nuestros sufrimientos como los «sufrimientos de Cristo en nosotros»** (2 Corintios 1, 5), de manera que «llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (2 Corintios 4,10)».

▪ **La fe: a) actitud constante de humildad ante Dios, de adoración y de alabanza; b) la radical pertenencia a Cristo infunde una actitud de total confianza y de inmensa alegría.**

“Todo esto tenemos que aplicarlo a nuestra vida cotidiana siguiendo el ejemplo de Pablo que vivió siempre con este gran horizonte espiritual. **Por una parte, la fe debe mantenernos en una actitud constante de humildad ante Dios, es más, de adoración y de alabanza en relación con Él.** De hecho, lo que somos como cristianos sólo se lo debemos a Él y a su gracia. Dado que nada ni nadie puede tomar su lugar, es necesario por tanto que a nada ni a nadie rindamos el homenaje que le rendimos a Él. **Ningún ídolo** tiene que contaminar nuestro universo espiritual, de lo contrario en vez de gozar de la libertad alcanzada volveremos a caer en una forma de esclavitud humillante. **Por otra parte,** nuestra radical pertenencia a Cristo y el hecho de que «estamos en Él» tiene que infundirnos una actitud de total confianza y de inmensa alegría.

En definitiva, tenemos que exclamar con san Pablo: «Si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros?» (Romanos 8, 31). Y la respuesta es que nada ni nadie «podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 8,39). Nuestra vida cristiana, por tanto, se basa en la roca más estable y segura que puede imaginarse. De ella sacamos toda nuestra energía, como escribe precisamente el apóstol: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Filipenses 4,13).

Afrontemos por tanto nuestra existencia, con sus alegrías y dolores, apoyados por estos grandes sentimientos que Pablo nos ofrece. Haciendo esta experiencia, podemos comprender que es verdad lo que el mismo apóstol escribe: «yo sé bien en quién tengo puesta mi fe, y estoy convencido de que es poderoso para guardar mi depósito hasta aquel día», es decir, hasta el día definitivo (2 Timoteo 1,12) de nuestro encuentro con Cristo, juez, salvador del mundo y nuestro”.

o **C. En el evangelio (Juan 8,1-11): “Vete y a partir de ahora no peques más”.**

“9 quedó Jesús solo, y la mujer, de pie, en medio. 10 Jesús se incorporó y le dijo: «Mujer, ¿dónde están? 11 ¿Ninguno te ha condenado?» Ella respondió: «Ninguno, Señor». Le dijo Jesús: «Tampoco yo te condeno. Vete y a partir de ahora no peques más».

▪ **Vete y no peques más: el contraste entre el pasado y el futuro.**

- Para ver la unidad de los textos de la liturgia de hoy, nos paramos a reflexionar en “Vete y a partir de hoy no peques más”
- **Ravasi o.c. p. 96:** “También en este caso tenemos un contraste entre el pasado y el futuro. La mujer tiene un pasado con un asunto de adulterio, el trauma de haber sido cogida en flagrante, el riesgo – apenas evitado – de la muerte por lapidación. Jesús le da una mano para salir del abismo y avanzar hacia el futuro de la pureza, de la vida nueva, del amor fiel. Para la mujer se abre delante un nuevo itinerario hacia el que se encamina, acompañada por la salvación que Cristo le ha ofrecido.

La conversión, tema típico de la cuaresma, es en toda la Biblia un cambio de ruta, una separación del pasado tenebroso, una laceración de una historia precedente de pecado. La religión de Homero era sustancialmente una vuelta al pasado: Itaca es en cierto sentido el símbolo de la edad de oro hacia la cual nos devuelven con nostalgia los mitos griegos. La religión bíblica, por el contrario, es un camino hacia el futuro,

hacia los desconocido luminoso del Reino de Dios que está «germinando» ya ahora pero que brotará en el «después», en la plenitud.

Salgamos pues de nuestro caparazón, hecho de hábitos y de vicios; abandonemos la oscuridad en la que nos encontramos; busquemos el camino de la luz y de la vida, mucho más exigente y severo, pero también mucho más apasionante. Ciertamente, el miedo de lo nuevo está siempre emboscado, como se dice en el «Taller del orfebre», el drama juvenil de K. Wojtyła, el futuro Juan Pablo II: «No hay esperanza sin miedo y miedo sin esperanza». Sin embargo nunca estaremos solos en el camino de la conversión: «No les tengas miedo, pues yo estoy contigo para salvarte» (Jeremías 1,8)».

2. Los dos aspectos de la conversión (y de la justificación) en el Catecismo de la Iglesia Católica.

- n. 1490: El movimiento de retorno a Dios, llamado conversión y arrepentimiento, **implica** un dolor y una aversión respecto a los pecados cometidos, y el propósito firme de no volver a pecar. La conversión, por tanto, mira al pasado y al futuro; se nutre de la esperanza en la misericordia divina.

- n. 2018: La justificación, como la conversión, presenta dos aspectos. Bajo la moción de la gracia, **el hombre se vuelve a Dios y se aparta del pecado**, acogiendo así el perdón y la justicia de lo Alto.

- n. 1989: La primera obra de la gracia del Espíritu Santo es la conversión, que obra la justificación según el anuncio de Jesús al comienzo del Evangelio: «Convertíos porque el Reino de los cielos está cerca» (Mt 4, 17). Movido por la gracia, **el hombre se vuelve a Dios y se aparta del pecado**, acogiendo así el perdón y la justicia de lo alto. «La justificación entraña, por tanto, el perdón de los pecados, la santificación y la renovación del hombre interior» (Cc. de Trento: DS 1528).

- n. 1990: La justificación arranca al hombre del pecado que contradice al amor de Dios, y purifica su corazón. **La justificación** es prolongación de la iniciativa misericordiosa de Dios que otorga el perdón. Reconcilia al hombre con Dios, libera de la servidumbre del pecado y sana.

- n. 1991: La justificación es, al mismo tiempo, acogida de la justicia de Dios por la fe en Jesucristo. La justicia designa aquí la rectitud del amor divino. **Con la justificación son difundidas en nuestros corazones** la fe, la esperanza y la caridad, y nos es concedida la obediencia a la voluntad divina.

- n. 1995: El Espíritu Santo es el maestro interior. **Haciendo nacer al «hombre interior»** (Romanos 7, 22; Ef 3, 16), la justificación implica la santificación de todo el ser:

Si en otros tiempos ofrecisteis vuestros miembros como esclavos a la impureza y al desorden hasta desordenaros, ofreced los igualmente ahora a la justicia para la santidad... al presente, libres del pecado y esclavos de Dios, fructificáis para la santidad; y el fin, la vida eterna (Romanos 6, 19. 22).

- n. 1996: Nuestra justificación es obra de la gracia de Dios. **La gracia es el favor, el auxilio gratuito que Dios nos da para responder a su llamada: llegar a ser hijos de Dios** (Cf Jn 1, 12-18), hijos adoptivos (Cf Rm 8, 14-17), partícipes de la naturaleza divina (Cf 2 P 1, 3-4), de la vida eterna (Cf Jn 17, 3).

- n. 2019: **La justificación entraña** la remisión de los pecados, la santificación y la renovación del hombre interior.

3. Catechismo degli adulti – Conferenza Episcopale Italiana, Editrice Vaticana –La conversión lleva a una vida de comunión con Dios en Cristo y con los otros.

- **La purificación no es hacer el vacío o anularnos, sino adquirir el dominio de sí para conformarnos cada vez más a Cristo crucificado y resucitado.**
- cfr. CdA, 948: Este trabajo complejo y paciente de purificación va hacia una progresiva unificación y dilatación interior. No se trata de hacer el vacío o de anularnos a nosotros mismos, como en el caso de las tradiciones ascéticas orientales, sino de adquirir el dominio de sí, para ser realmente libres de consagrarnos a Dios y a los hermanos, para conformarnos cada vez más a Cristo crucificado y resucitado.
 - **Porque la caridad, el amor de Dios, tiene unos frutos.**

La caridad no nos hace indiferentes, sino capaces de querer a todos apasionadamente en Dios; no nos sustrae a la historia, sino que nos sumerge en ella. Por esto junto a la oración y a la disciplina ascética, tenemos que cultivar una actitud de acogida y de dedicación al prójimo. De aquí la necesidad de gestos frecuentes y generosos de amable atención, de servicio, de comparticipación y de perdón. El crecimiento en la caridad es don del Espíritu Santo; pero nosotros tenemos que disponernos a ella con adecuados actos de amor y con el ejercicio cada vez más exigente de las virtudes humanas, que da consistencia y cuerpo a la caridad. La santidad cristiana se encarna en lo concreto de la vida cotidiana. Lleva a hacer bien todo lo que se hace, a concentrarse en el momento presente, a no acostumbrarse a las cosas ordinarias. Una gran santidad puede madurar a través las pequeñas cosas de cada día.

- **Quien se convierte se abre a la armonía con Dios, con los demás y con las cosas.**

Zaqueo.

- n. [143] Quién se convierte, se abre a la comunión: halla la armonía con Dios, consigo mismo, con los otros y con las cosas; redescubre un bien originario, que estaba desde siempre en el fondo. Zaqueo, jefe de los recaudadores de los impuestos en Jericó, no había hecho otra cosa que acumular riquezas, explotando a la gente y atrayendo sobre sí la execración de parte de todos. Cuando Jesús se muestra como amigo suyo y va a cena con él, empieza a ver la vida con ojos nuevos: "Señor, yo doy la mitad de mis bienes a los pobres; y si he defraudado a alguien, le devuelvo cuatro veces más" (Lc 19,8). Zaqueo tiene que renunciar, al menos en parte, a sus riquezas; pero no se trata de una pérdida. Sólo ahora, por primera vez, está realmente contento, porque se siente renacer como hijo de Dios y como hermano entre los hermanos.

- **La belleza y el atractivo del reino de Dios permiten cumplir con alegría las renunciaciones y las fatigas más arduas.**

El jornalero agrícola y el mercante que encuentra una perla de gran valor.

La belleza y el atractivo del reino de Dios permiten cumplir con alegría las renunciaciones y las fatigas más arduas. El jornalero agrícola que ha ido a trabajar por una jornada, y zapeando ha descubierto un tesoro, corre para vender todos sus haberes y para adquirir el campo y, por lo tanto, para apoderarse del tesoro; el mercante, que ha encontrado una perla de gran valor, vende todo lo que posee para poderla comprar. El discípulo, que ha tomado sobre sí el "yugo" de Jesús, lo lleva cómodamente, como una "carga ligera" (Mt 11,29-30). Las renunciaciones que Jesús pide, son en realidad una liberación para crecer, para ser más. El sacrificio es camino para la verdadera libertad, en la comunión con Dios y con los otros. Quien reconoce a Dios como Padre y hace su voluntad, experimenta enseguida su reinado y recibe energías para una moralidad más alta, para vivir una historia diferente, personal y comunitaria, que tiene como meta la vida eterna.

- **Convertirse comporta renunciaciones, pero abre a una vida más honda, de comunión con Dios y con los otros**

- n. [144] El reino de Dios llega a nosotros como un regalo, pero pide nuestra libre cooperación; la buena noticia se convierte en nosotros como realidad experimentada, si acogemos la llamada de Jesús: "Convertíos y creed en el evangelio" (Mc 1,15). Convertirse significa asumir un nuevo modo de pensar y de actuar; también comporta renunciaciones, pero abre una vida más verdadera y más bonita, de comunión con Dios y con los otros.

4. Otros textos recientes de BXVI sobre la conversión como camino hacia Dios y hacia los otros.

- o **La conversión a Dios permite mirar con nuevos ojos a los hermanos y a sus necesidades**

Miércoles de Ceniza, 1 marzo 2006 Audiencia de Benedicto XVI

Cfr. [Chiesa/Testi/Quaresima/CuaresmaCenizas06 BXVIAudiencia]

- **El camino cuaresmal, al acercarnos a Dios, nos permite mirar con nuevos ojos a los hermanos y a sus necesidades, asumiendo la actitud de la compasión y de la misericordia del Señor.**

El camino cuaresmal, al acercarnos a Dios, nos permite mirar con nuevos ojos a los hermanos y a sus necesidades. Quien comienza a ver a Dios, a contemplar el rostro de Cristo, ve con otros ojos al hermano, descubre al hermano, su bien, su mal, sus necesidades. Por este motivo, la Cuaresma, como tiempo de escucha de la verdad, es un momento propicio para convertirse al amor, pues la verdad profunda, la verdad de Dios, es al mismo tiempo amor. Un amor que sepa asumir la actitud de compasión y de misericordia del Señor, como he querido recordar en el Mensaje para la Cuaresma, que tiene por tema las palabras del

Evangelio: «Al ver Jesús a las gentes se compadecía de ellas» (Mateo 9, 36).

Consciente de su misión en el mundo, la Iglesia no deja de proclamar el amor misericordioso de Cristo, que sigue dirigiendo la mirada conmovida a los hombres y los pueblos de todos los tiempos: «Ante los terribles desafíos de la pobreza de gran parte de la humanidad --escribía en el citado Mensaje cuaresmal--, la indiferencia y el encerrarse en el propio egoísmo aparecen como un contraste intolerable frente a la "mirada" de Cristo. El ayuno y la limosna, que, junto con la oración, la Iglesia propone de modo especial en el período de Cuaresma, son una ocasión propicia para conformarnos con esa "mirada"» (párrafo 3), la mirada de Cristo, y para vernos a nosotros mismos, a la humanidad, a los demás, con su mirada. Con esto espíritu, entramos en el clima austero y orante de la Cuaresma, que es precisamente un clima de amor por el hermano.

o La conversión es proceso constante en nuestra vida de cambio interior y de avance en el conocimiento y en el amor de Cristo.

Cfr. Benedicto XVI ,audiencia general de este miércoles 21 febrero, dedicada al Miércoles de Ceniza. [Chiesa/Testi/Quaresima/Mercoledì Ceneri/ AvanceConocimientoAmorCristoMiercCeniz07BXVI]

- **Se trata de un proceso constante: el camino interior de toda nuestra vida. Este itinerario de conversión evangélica no puede limitarse a un período particular del año: es un camino de todos los días, que tiene que abarcar toda la existencia, cada día de nuestra vida.**

La Cuaresma es una oportunidad para «volver a ser» cristianos, a través de un proceso constante de cambio interior y de avance en el conocimiento y en el amor de Cristo. La conversión no tiene lugar nunca una vez para siempre, sino que es un proceso, un camino interior de toda nuestra vida. Ciertamente este itinerario de conversión evangélica no puede limitarse a un período particular del año: es un camino de todos los días, que tiene que abarcar toda la existencia, cada día de nuestra vida.

Desde este punto de vista, para cada cristiano y para todas las comunidades eclesiales, la Cuaresma es la estación espiritual propicia para entrenarse con mayor tenacidad en la búsqueda de Dios, abriendo el corazón a Cristo.

- **El deseo de acercarnos a Dios y de dejar entrar a Dios en nuestro ser que lleva a rechazar el mal y a realizar el bien.**

San Agustín dijo en una ocasión que nuestra vida es un ejercicio único del deseo de acercarnos a Dios, de ser capaces de dejar entrar a Dios en nuestro ser. «Toda la vida del cristiano fervoroso --dice-- es un santo deseo». Si esto es así, en Cuaresma se nos invita aún más a arrancar «de nuestros deseos las raíces de la vanidad» para educar el corazón en el deseo, es decir, en el amor de Dios. «Dios --dice san Agustín-- es todo lo que deseamos» (Cf. «Tract. in Iohn.», 4). Y esperamos que realmente comencemos a desear a Dios, y de este modo desear la verdadera vida, el amor mismo y la verdad.

Es particularmente oportuna la exhortación de Jesús, referida por el evangelista Marcos: «Convertíos y creed en la Buena Nueva» (Cf. Marcos 1, 15). El deseo sincero de Dios nos lleva a rechazar el mal y a realizar el bien. Esta conversión del corazón es ante todo un don gratuito de Dios, que nos ha creado para sí y en Jesucristo nos ha redimido: nuestra felicidad consiste en permanecer en Él (Cf. Juan 15, 3). Por este motivo, Él mismo previene con su gracia nuestro deseo y acompaña nuestros esfuerzos de conversión.

- **Convertirse no es un esfuerzo para realizarse uno mismo, porque el ser humano no es el arquitecto del propio destino, porque dependemos totalmente de Dios.**

Pero, ¿qué es en realidad convertirse? Convertirse quiere decir buscar a Dios, caminar con Dios, seguir dócilmente las enseñanzas de su Hijo, Jesucristo; convertirse no es un esfuerzo para realizarse uno mismo, porque el ser humano no es el arquitecto del propio destino. Nosotros no nos hemos hecho a nosotros mismos. Por ello, la autorrealización es una contradicción y es demasiado poco para nosotros. Tenemos un destino más alto. Podríamos decir que la conversión consiste precisamente en no considerarse en «creadores» de sí mismos, descubriendo de este modo la verdad, porque no somos autores de nosotros mismos.

Conversión consiste en aceptar libremente y con amor que dependemos totalmente de Dios, nuestro verdadero Creador, que dependemos del amor. Esto no es dependencia, sino libertad. Convertirse significa, por tanto, no perseguir el éxito personal, que es algo que pasa, sino, abandonando toda seguridad humana, seguir con sencillez y confianza al Señor para que Jesús se convierta para cada uno, como le gustaba decir a la beata Teresa de Calcuta, en «mi todo en todo». Quien se deja conquistar por él no tiene miedo de perder la propia vida, porque en la Cruz Él nos amó y se entregó por nosotros. Y precisamente, al perder por amor nuestra vida, la volvemos a encontrar.

o Volver a la amistad con Dios

Benedicto XVI: Homilía en la misa del Miércoles de Ceniza, en la basílica de Santa Sabina, el miércoles de ceniza, 21 febrero 2007 -

[MercoledìCeneri/ConversiónAmistadDiosCambioInteriorPrecariedad BXVI]

- **No dudemos en volver a la amistad de Dios perdida al pecar; al encontrarnos con el Señor experimentamos la alegría del perdón.**

"Convertíos a mí de todo corazón, con ayuno, con llanto, con luto". Con estas palabras comienza la primera lectura, tomada del libro del profeta Joel (Jl 2, 12). Los sufrimientos, las calamidades que afligían en ese período a la tierra de Judá impulsan al autor sagrado a invitar al pueblo elegido a la conversión, es decir, a volver con confianza filial al Señor, rasgando el corazón, no las vestiduras. En efecto, Dios —recuerda el profeta— "es compasivo y misericordioso, lento a la cólera, rico en piedad, y se arrepiente de las amenazas" (Jl 2, 13).

La invitación que el profeta Joel dirige a sus oyentes vale también para nosotros, queridos hermanos y hermanas. No dudemos en volver a la amistad de Dios perdida al pecar; al encontrarnos con el Señor, experimentamos la alegría de su perdón. Así, respondiendo de alguna manera a las palabras del profeta, hemos hecho nuestra la invocación del estribillo del Salmo responsorial: "Misericordia, Señor: hemos pecado". Proclamando el salmo 50, el gran salmo penitencial, hemos apelado a la misericordia divina; hemos pedido al Señor que la fuerza de su amor nos devuelva la alegría de su salvación.

- **Cristo hace posible la auténtica reconciliación; la cruz y resurrección de Cristo son "día de salvación".**

Con este espíritu, iniciamos el tiempo favorable de la Cuaresma, como nos recordó san Pablo en la segunda lectura, para reconciliarnos con Dios en Cristo Jesús. El Apóstol se presenta como embajador de Cristo y muestra claramente cómo, en virtud de él, se ofrece al pecador, es decir, a cada uno de nosotros, la posibilidad de una auténtica reconciliación. "Al que no había pecado, Dios lo hizo expiación por nuestro pecado, para que nosotros, unidos a él, recibamos la justificación de Dios" (2 Co 5, 21). Sólo Cristo puede transformar cualquier situación de pecado en novedad de gracia.

Precisamente por eso asume un fuerte impacto espiritual la exhortación que san Pablo dirige a los cristianos de Corinto: "En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios" (2 Co 5, 20) y también: "Mirad, ahora es tiempo favorable, ahora es el día de la salvación" (2 Co 6, 2).

Mientras que el profeta Joel hablaba del futuro día del Señor como de un día de juicio terrible, san Pablo, refiriéndose a la palabra del profeta Isaías, habla de "momento favorable", de "día de la salvación". El futuro día del Señor se ha convertido en el "hoy". El día terrible se ha transformado en la cruz y en la resurrección de Cristo, en el día de la salvación. Y hoy es ese día, como hemos escuchado en la aclamación antes del Evangelio: "Escuchad hoy la voz del Señor, no endurezcáis vuestro corazón". La invitación a la conversión, a la penitencia, resuena hoy con toda su fuerza, para que su eco nos acompañe en todos los momentos de nuestra vida.

EN EL AÑO DE LA FE

Toda conversión verdadera termina en la nueva vida en Cristo Jesús.

"Podemos caminar todo lo que queramos, podemos edificar muchas cosas, pero si no confesamos a Jesucristo, la cosa no va."

(Papa Francisco, en la homilía de la Misa por la Iglesia con los cardenales electores que han participado en el Cónclave, 14 de marzo de 2013)

Catecismo de la Iglesia Católica - "La transmisión de la fe cristiana es ante todo el anuncio de Jesucristo para llevar a la fe en él".

425 "Anunciar... la inescrutable riqueza de Cristo" (Ef 3, 8)

La transmisión de la fe cristiana es ante todo el anuncio de Jesucristo para llevar a la fe en él. Desde el principio, los primeros discípulos ardieron en deseos de anunciar a Cristo: "No podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído" (Hch 4, 20). Y ellos mismos invitan a los hombres de todos los tiempos a entrar en la alegría de su comunión con Cristo:

"Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida, - pues la Vida se

manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, que estaba con el Padre y se nos manifestó - lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo. Os escribimos esto para que vuestro gozo sea completo" (1Jn 1, 1 - 4).

426 En el centro de la catequesis: Cristo

"En el centro de la catequesis encontramos esencialmente una Persona, la de Jesús de Nazaret, Unigénito del Padre, que ha sufrido y ha muerto por nosotros y que ahora, resucitado, vive para siempre con nosotros... Catequizar es ... descubrir en la Persona de Cristo el designio eterno de Dios... Se trata de procurar comprender el significado de los gestos y de las palabras de Cristo, los signos realizados por El mismo" (CT 5). El fin de la catequesis: "conducir a la comunión con Jesucristo: sólo El puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad". (ibid.).

427 "En la catequesis lo que se enseña es a Cristo, el Verbo encarnado e Hijo de Dios y todo lo demás en referencia a El; el único que enseña es Cristo, y cualquier otro lo hace en la medida en que es portavoz suyo, permitiendo que Cristo enseñe por su boca... Todo catequista debería poder aplicarse a sí mismo la misteriosa palabra de Jesús: 'Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado' (Jn 7, 16)" (ibid. , 6)

428 El que está llamado a "enseñar a Cristo" debe por tanto, ante todo, buscar esta "ganancia sublime que es el conocimiento de Cristo"; es necesario "aceptar perder todas las cosas ... para ganar a Cristo, y ser hallado en él" y "conocerle a él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a él en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos" (Flp 3, 8 - 11).

429 De este conocimiento amoroso de Cristo es de donde brota el deseo de anunciarlo, de "evangelizar", y de llevar a otros al "sí" de la fe en Jesucristo. Y al mismo tiempo se hace sentir la necesidad de conocer siempre mejor esta fe. Con este fin, siguiendo el orden del Símbolo de la fe, presentaremos en primer lugar los principales títulos de Jesús: Cristo, Hijo de Dios, Señor (Artículo 2). El Símbolo confiesa a continuación los principales misterios de la vida de Cristo: los de su encarnación (Artículo 3), los de su Pascua (Artículos 4 y 5), y, por último, los de su glorificación (Artículos 6 y 7).

www.parroquiasantamonica.com

Vida Cristiana